

# PATRIA LIBRE

Teléfono 276

Semanal de política nicaragüense

Apartado de Correos 759

AÑO I

AMÉRICA CENTRAL

San José, Sábado 25 de Marzo de 1916

REPÚBLICA DE COSTA RICA

NÚM. 16

Director:

Rosendo Argüello

Redactor:

Francisco R. Baldovinos

PRECIO: 50 céntimos el mes.

## El último eslabón de la cadena.

*¡Jefes Políticos y Comandantes de Puerto: Tengo el gusto de comunicarles que el Senado Norte Americano aprobó por 55 votos contra 17, el tratado de opción Canal. Tengo por feliz este acontecimiento, por cuanto él garantiza el mantenimiento de la paz y el orden en Nicaragua.—Afectísimo, Adolfo Díaz.*

*Se ha publicado hoy por bando el telegrama anterior y celebrado con músicas ese acontecimiento que nuestro Presidente encuentra feliz y que para los que amamos nuestra tierra por encima de todos los intereses, no es más que el principio de la agonía de Centro América como entidad política independiente.*

*Que el fuerte subyugue al débil no tiene nada de extraño: es cosa bastante corriente. Lo que maravilla, lo que marca el grado máximo de ignominia a que un gobierno puede llegar, es que semejante cosa suceda a petición y con el beneplácito suyo.*

*Nada habría de deshonroso en que los yankees nos conquistaran: el honor de Bélgica ha salido ileso de las manos teutonas, y su nombre como nación, ha merecido el respeto y la admiración del mundo entero. Lo indecoroso, lo inicuo, lo que no encuentro palabras suficientemente duras en el léxico para condenar, es que haya un gobierno bastante abyecto, para llegar de rodillas a las puertas del poderoso, a suplicarle humildemente que le pisotee su dignidad y acabe con la soberanía del país que lo ha encargado de conservarla.*

*Y no se me diga que el gobierno de Nicaragua, ofuscado por el aliciente del progreso material, no ha reparado en el peligro que ese tratado suicida entraña. El telegrama lo está diciendo: don Adolfo Díaz está deplácemes, no porque el canal esté en vísperas de abrirse, sino porque las bayonetas extranjeras tendrán un título más para imperar en su país, por que la bandera de las barras y las estrellas estará en terreno propio cuando esté clavada en el corazón del Istmo que Santa María honró con su sangre, estéril aunque gloriosamente derramada.*

*Ante esa amenaza que se convierte en realidad, en frente de este problema que no es nicaragüense sino centro americano, ¿qué hacen los otros gobiernos de los otros cuatro estados? Esperar mansamente que les llegue su turno de ser engullidos como una ostra inofensiva? No habrá entre ellos un Juan Rafael Mora que agite al viento el pendón de la patria, y nos proporcione la ocasión de un glorioso suicidio colectivo, que por lo menos ponga a salvo la honra?*

Manuel F. Rodríguez.

Rivas, 29 de febrero de 1916.

## AL MARGEN DEL TRATADO

Nuestro ilimitado optimismo, que ha tenido el mágico poder de cubrir con una sonrisa de esperanza las horas más tristes de la vida; nuestra arraigada convicción de que en la lucha de la existencia por arrolladoras que sean las corrientes de la maldad, la Justicia se levanta siempre sobre la frente entristecida de los hombres, tal como el Sol, después de una noche de tormenta, trasmite con su beso luminoso a la tierra estremecida la caricia del Creador, ha sufrido una conmoción, mas no capaz de desquiciar en sus cimientos incommovibles nuestra fe en el porvenir de estos pueblos, al tener certidumbre del hecho inicuo de que una nación poderosa, válida de una intervención injusta y mediante la colaboración de un grupo de trai-

dores, ha robado a mi patria, débil y estenuada por el sufrimiento, su libertad política y su porvenir económico, valiéndose de un tratado infame, celebrado para afrenta eterna de la dignidad humana.

No es una sino varias perspectivas las que ofrece a nuestro espíritu el hecho de la aprobación por el Senado Norte americano de ese Tratado. Aprobación tan deseada por los que en la opulencia del poder trafican con los últimos recursos de aquel pueblo desgraciado, como combatida por un grupo de nicaragüenses, que bajo el negro cielo del ostracismo, en ingratas tierras propicias a toda incomodidad, levantan en alto el lábaro de los derechos patrios. Muchas consideraciones sugiere al análisis imparcial la

celebración de ese ridículo pacto; pero dejemos para días de mas calma en el pensar la delineación de esas consideraciones, que nada práctico traerian por ahora, y ahogemos en nuestra alma el impulso de indignación que nos produce la actitud pasiva observada por los pueblos indolatinos ante el proceder infame de los mercaderes rubios; disimulemos el desprecio que nos producen los gobiernos y los publicistas que protestan y hacen alardes de solidaridad cuando los hechos están consumados y parece irremediables. Ya llegarán los tentáculos del pulpo anglosajón a despertarlos con su contacto gélido de muerte del sueño de idiotéz en que yacen arrellanados sobre los cojines del más vergonzoso egoísmo. Creen los pueblos latinos de América y los hombres todos de la América indígena que con cruzarse de brazos y sonreír jesuiticamente ante la ola de fango que avanza precipitada por las compuertas de la traición, sobre los amplios cauces del interés utilitario, van a sustraerse de la voracidad del imperialismo norteamericano? Ilusos y criminales son estos pueblos cuando advertidos por la propaganda de altos pensadores se dejan adormecer por el canto de sirena de los hombres del norte, quienes con la sonrisa de la seducción en los labios mentirosos les buscan el corazón para clavarles arteramente el puñal asesino.

Ante esas multitudes ignaras, y por consiguiente inconscientes, que miran con estúpida indiferencia como los corsarios del norte les roban el sustento y les arrebatan sus tierras de labor que les pertenecen desde que la América fué creada por un soplo del Altísimo; ante los ricos que cuentan sus dineros y los profesionales que ante sus bufetes saborean su pereza, negligentes en su seguridad personal, sin preocuparse de la maldición que caerá sobre sus nombres al infamar con la esclavitud el porvenir de sus hijos; ante nuestras mujeres, más culpables que las viles rameras, pues si éstas venden sus besos y entregan su cuerpo por un puñado de monedas a los gañanes rubios es para acallar su hambre de vicio, y aquéllas venden su virtud a trueque de costosos trajes y repletas despensas a los mismos que abofetean la dignidad de sus padres y pisotean insolentemente la bandera que cubrió sus cunas; ante ese cuadro desolador de abyección y cobardía, los ilusos, los vagabundos, que en presencia de tanta iniquidad avivamos con pedazos de alma la hoguera de la protesta, debiéramos callar y cesar en la contienda, si no fuera que el enorme peso del honor atávico nos oprime el corazón y nos obliga en esta hora trágica, a tocar a somatén la gran campana de la dignidad latina.

La América es nuestra más que de los hombres rubios del Norte. En nuestras venas corre disuelto el hierro que vigoriza la «vértebra enorme de los Andes» y en nuestros corazones arde el fuego de sus volcanes. Los norteamericanos para conocer el nombre de sus abuelos tienen que ir a buscarlo a los misérrimos cementerios en donde se amontona la hez de las grandes urbes europeas, y nosotros tenemos nuestra genealogía inscrita sin interrupción en los

geroglíficos que decoran las salas imperiales de los palacios que magnificaron la civilización que culminó en Tula, Copán, Chibcha, Palenque, Cuzco y Uxatlán. Ellos son los advenedizos en el Continente colombino. Su obra aparatosa y deslumbrante, por ser superficial, por no estar arraigada con raíces de eternidad en la niebla de la tradición, será barrida al soplo de los siglos. En el horizonte del alma norteamericana no se levanta un fanal siquiera que pueda fascinar la pupila continental. La obra utilitaria, el hecho material, pasa y se desvanece sin dejar marca característica en la modalidad del alma de los pueblos. El aliento del espíritu de Cartago se esfumaba al borrarse la estela de sus naves mercenarias; y el fulgor espiritual del alma armoniosa de la Hélade todavía dora con luz inmarcesible las más altas cimas del pensamiento humano.

El alma individual o colectiva se domeña por la fascinación espiritual o por el prestigio heroico.

Grecia se apodera del mundo con la luz inmaterial de su genio, y Roma abruma la cerviz de los pueblos con el épico esplendor de sus legiones vencedoras.

Es justa la petulancia napoleónica y la influencia del espíritu francés, la seducción del pensar alemán y el éxito del esfuerzo español al realizar el ingerto feliz de su raza, fogueada en la hoguera de Numancia, con el pueblo autóctono de América, que ha dado como floración de humanidad la raza indo-latina. Pero que los norteamericanos, que los lacayos rubios, transformados en señores gracias al oro usurario, sean capaces de malear con la levadura de su espiritualidad plebeya la clara fuente de la mentalidad indo-española, es absurdo y ridículo. Pueden ellos tender líneas férreas por las tierras mal habitadas; establecerán grandes depósitos de mercaderías en las costas usurpadas, para proveer, como legítimos judíos, a todos los contrabandistas del mundo; son capaces de organizar matches de basse-ball y grotescas regatas de embarcaciones, con lo cual conseguirán divertir a los pilletes y simples de nuestras ciudades, pero nunca conseguirán con su oro, manchado por todas las infamias, apoderarse de las corrientes espirituales, del aliento animico de estos pueblos para ingertar al añoso y maleado tronco de su nación la gran fronda indo-latina, a fin de poder resistir, como ellos sueñan, con la fibra de esta raza joven y heroica, el tremendo huracán que el Destino les prepara, y que ya se perfila en el oriente de los hechos como un acto reivindicador, que al conmovier hasta en sus cimientos ese inmenso edificio de podredumbres, borrarán la afrenta de que bajo la luz del sol prospere esa tan grande asociación de salteadores, que manchan la obra luminosa de Dios con la montaña de sus crímenes.

Francisco R. Baldovinos.